

pone uno. Mira al joven que ocupa el asiento de al lado, por si acaso, por si en verdad le salió el pensamiento sonoro. No, el muchacho que va junto a él, ni se ha inmutado. Es seguro que no tiene ganas de hablar. Lleva un libro, lo ha abierto y se ha puesto a leer enseguida. De cualquier forma, da lo mismo. Tampoco podríamos hablar de mucho. Un viejo y un joven desconocidos no suelen tener temas comunes. Los viejos hablan con sus nietos mientras éstos son pequeñitos y los sacan de paseo. Carlitos ya habrá salido del colegio, seis años y, hay que ver, desde los tres ligado a las obligaciones. A Anabel la recogerá su madre en la guardería dentro de media hora; tres años, y ya lleva dos allí, los matrimonios de hoy. Los matrimonios, no, la sociedad. Ganan poco, aunque trabajan los dos... Si estuvieran mejor preparados... Siempre se lo decía a Carlos. Podía haber conseguido algo más en sus estudios, pero se empeñó en no seguir... Y, claro, tuvo ella que ponerse a trabajar también en cuanto nació la segunda. Si no andaba siquiera cuando la llevó a la guardería. Y menos mal que es del estado y no le cuesta. Lo malo es ahora, cuando dentro de poco llegue el tercero. Ya ni trabajar ni nada; es lógico. ¿Dónde va con tres criaturas pequeñas? Ni siquiera a fregar escaleras. Malos fueron aquellos primeros tiempos, cuando se casaron y vino el niño; pero los que se les avecinan no tienen ni punto de comparación. Cinco bocas pidiendo, cinco cuerpos gastando y cinco pares de pies exigiendo zapatos. Entonces todavía trabajaba yo y les podía ayudar. Por eso le dije a Carlos que se casara, aunque no pudiera comprar ni alquilarse un piso, porque hay que ver la vivienda cómo se puso, cómo se ha puesto; lo tiene muy difícil la juventud. Menos mal que yo tenía mi pisito. En el fondo me alegré siempre, aunque tuve que vender las cuatro finquejas de la herencia para comprarlo. La casa, no; la pequeña casa de los padres, la conservo. Ahora me viene de perilla. Tendré que arreglarle alguna gotera o desconchón en cuanto llegue. Eso es lo de menos; lo importante es que está y que me va a ser útil. Así pueden ellos quedarse ahora con el piso de Madrid. La verdad es que yo lo pensé siempre; bueno, siempre no, sólo unos meses después que Elena falleciera. El abandono en que quedamos Carlos y yo, me apenaba. Ninguno de los dos, ni padre ni hijo éramos hábiles para la casa. La tristeza y la desidia fueron nuestras compañeras más frecuentes. Lo pensé y se lo dije. Carlos llevaba tres años saliendo con Isabel: "¿Por qué no te casas? Podemos vivir aquí los tres. Al fin y al cabo, el piso tiene que ser para ti y para quien contigo se case". Y la chica aceptó. La verdad es que es muy buena. De una familia tan humilde como la nuestra, seguro que la madre la educó desde siempre para la convivencia; jamás hemos discutido. Habremos tenido los roces propios que la diferencia de edad origina; pero no es una chica como la mayoría de las jóvenes de hoy. Eso me ha valido de mucho. Salió a trabajar cuando yo me jubilé, con la pensión no podía ayudarles, les había nacido Anabel, y Carlitos había cumplido tres años. Se agarró al duro trabajo de la asistencia por horas; pero no quedaba otro remedio. Por las mañanas se iba Carlos a su destino, media hora más tarde, ella dejaba a la niña en la guardería y a las nueve y media yo acercaba a Carlitos al parvulario. Así algo más de dos años. Pero les están llegando tiempos diferentes. Dentro de nada les va a venir otro y ya no hay espacio en el piso para tantos. Tres habitaciones -salón incluido-, una cocina y un baño no son suficientes para un viejo, tres niños y un matrimonio joven. Ellos no querían: "Padre ¿qué pintas tú solo en el pueblo? ¿Qué van a pensar? Quédate, ya nos apañaremos". Por mí que piensen lo que quieran. Yo sé que no me va a ser fácil; pero una patata se la guisa cualquiera, y los pantalones y las camisas ya no necesitan plancharse. Aburrirme, no; quedan jubilados como yo, y más viejos, queda todavía mi ambiente.